



La memoria y la tierra en el imaginario de los jornaleros andaluces*

Félix Talego Vázquez, Grupo para el Estudio de las Identidades Socioculturales en Andalucía (GEISA), Departamento de Antropología Social, Universidad de Sevilla

La atención mediática, académica y política al mundo agrario ha sido una constante en la historia de Andalucía desde finales del siglo XIX, en una continuidad que se prolonga hasta nuestros días, interrumpida ciertamente en los años de la dictadura, que fue, en Andalucía como en todas partes, tiempo de silencio. Este interés por lo agrario se ha debido a lo que ya era llamado en las cortes de la Segunda República el "problema agrario andaluz", que no era otro que la conflictividad social en el medio rural. Sus protagonistas fueron en la generalidad de los casos los jornaleros. Tan es así que muchos de los que han venido interesándose por el "problema" extrajeron la idea, abusiva, de que ese mundo era, todo él, de masas jornaleras sometidas a una élite de propietarios absentistas. En cualquier caso, es cierto que, en gran medida, han sido las demandas y protestas de los jornaleros (los que tan gallardamente se batían, según afirmaba Juan Díaz del Moral) la causa del interés suplementario por el campo andaluz. Sin embargo, en el presente, ya no ha sido el "problema jornalero" el motivo de que se volviese la mirada al campo andaluz: los conflictos simultáneamente laborales y étnicos entre inmigrantes, propietarios y autóctonos en las comarcas de agricultura intensiva han venido a ocupar los titulares mediáticos y las políticas que conforman la nueva "actualidad" agraria andaluza. Permanece el interés por el campo andaluz pero no los contenidos de ese interés, lo que es revelador de las profundas transformaciones habidas en la Andalucía rural en las últimas décadas.

Memory and Land in the Imagination of Andalusian Laborers

Political, academic and media attention to the world of agriculture has been constant in the history of Andalusia since the late nineteenth century. This interest in agriculture was due to what was already known in the courts of the Second Republic as the "Andalusian agrarian problem." This referred to the social conflict in rural areas in which laborers were the main protagonists. This was so much the case that many who have been interested by the "problem" came away with the illusory idea that this world was made up entirely of laboring masses subject to an elite class of absentee landlords. In any case, it is true that it was largely the demands and protests of laborers (who fought quite heroically, as Juan Díaz del Moral noted) that caused additional interest in the Andalusian countryside. However, presently, it is not the "laborer problem" that has sparked interest in the Andalusian countryside. Instead, it has been the simultaneous rise of ethnic and work-related conflicts between immigrants, land owners and local inhabitants in the regions of intensive agriculture that have come to occupy the news headlines and inform the policies that shape present-day Andalusian agriculture. The interest in the Andalusian countryside continues but the focus of the interest has shifted, which is indicative of the profound changes that have occurred in rural Andalusia in recent decades.

* Todas las fotos que ilustran este artículo son de Mario Fuentes que retratan faenas del campo. Fueron realizadas en Andalucía en las décadas de los 50 a los 80 del siglo XX. Agradecemos a Mario habernos dado permiso para su publicación de manera desinteresada.

EMERGENCIA Y ESTALLIDO DEL "PROBLEMA AGRARIO ANDALUZ"

La sociedad andaluza ha sido una sociedad eminentemente agraria, al menos hasta los años sesenta del siglo XX. Ello no obstante la presencia de experiencias industriales significativas en distintas ciudades desde la primera mitad del siglo XIX, pero que entraron en estancamiento o declive a finales de esa centuria (ROMÁN DEL RÍO, 1987; DELGADO CABEZA, 2002) y no lograron catalizar las fuerzas emergentes, que siguieron centradas en el mundo agrario. Pero no puede afirmarse sin embargo que haya sido una sociedad eminentemente rural, sino que, por diversas razones que no es el caso tratar aquí, es, desde antaño, una sociedad con un modo de poblamiento urbano concentrado, con abundantes ciudades y villas muy populosas, las que han sido llamadas por los agraristas agro-ciudades. Esto, especialmente en las campiñas, pues las sierras, menos pobladas en su conjunto, se caracterizan por un poblamiento algo más disperso y propiamente rural, si bien todas bien articuladas territorialmente en torno a las cabeceras comarcales (ZOIDO NARANJO, 1995), muchas de ellas verdaderas ciudades y residencia de la burguesía latifundista.

Es importante no confundir agrario y rural para entender en qué ha consistido el secular "problema agrario andaluz". "Agrario" remite en su primera acepción a un sector de actividad, el agrícola, ganadero y forestal, que, ciertamente, tiene lugar por lo general en el campo, aunque no necesariamente. Es por tanto un término primariamente económico o laboral que sólo en segunda instancia lleva asociada una acepción territorial. En cambio, rural es una acepción primariamente territorial que sólo subsidiariamente y por asociación remite también a esas actividades. Se los emplea indistinta o contiguamente, porque lo agrario suele desempeñarse en el espacio rural, pero no son sinónimos, y no lo son especialmente en el caso andaluz, donde la mayoría de la población agraria ha vivido "desde siempre" y vive aún en ciudades (o agro-ciudades, si se prefiere).

Entre los factores que contribuyeron a la particularmente intensa y perseverante conflictividad de la sociedad andaluza, de signo señaladamente agrario,

está, precisamente, la peculiar combinación de la centralidad de lo agrario con el tipo de poblamiento concentrado y urbano aludido: tenemos por un lado un universo centrado en las actividades agrarias, en el que la posición social de las familias, las posibilidades de ascenso, o simplemente de prosperidad o estabilidad, dependía muy directamente de la condición de propietarias o no propietarias de tierra y de la cantidad y calidad poseída de la misma; paralelamente, la gran mayoría de esa población vivía concentrada en esos relativamente grandes núcleos de población que son las agro-ciudades andaluzas (LÓPEZ-CASERO OLMEDO, 1988). Únase a estos dos factores de carácter plurisecular otros dos que vinieron a confluír desde el último tercio del siglo XIX hasta la guerra civil, y será fácil comprender el clima de enfrentamiento y tensión que se mantuvo vigente, con altibajos, hasta que fueron aplastadas las ansias de transformación social de los sectores populares por la represión franquista. Estos dos nuevos factores son, por un lado, las importantes transformaciones en la estructura de la propiedad y uso de tierras comunales y otras que habían sido hasta entonces de aprovechamiento colectivo. Por otro, la penetración de las nuevas ideas anarquistas y socialistas que se difundían entonces por toda Europa y que anunciaban un mundo nuevo de igualdad y libertad, ideas que predicaban con entusiasmo por ciudades y campos los que se llamaban a sí mismos "apóstoles de la idea" (DÍAZ DEL MORAL, 1984: 245). En Andalucía estas ideas se difundieron con rapidez y arraigaron como en campo abonado, a lo que no fue ajeno la condición urbana de los trabajadores y jornaleros que las acogieron, por la mayor facilidad de la comunicación y organización que ofrece la ciudad frente a la dispersión y aislamiento rural¹, facilidad de la que fueron ya conscientes los propios padres de las ideas revolucionarias (MARX, 1985²).

Queda pues admitido que el modo de ocupación del territorio y el sistema de ciudades y pueblos ha de ser contado entre los factores que explican el "problema agrario" que se vivió en Andalucía desde el último tercio del siglo XIX hasta la represión franquista. No hemos de volver sobre ello, pues lo consideramos como la condición de base, geográfica, sobre la que se desarrollaron los hechos históricos. Pero para la explicación de los cuales restan aún importantes cuestiones por



Aventando en la era

dilucidar: todas las que, siendo más mutables o incluso pasajeras, fueron no obstante decisivas. Detengámonos pues en penetrar con algún detenimiento más en las peculiaridades de la sociedad agraria de aquel tiempo y en los perfiles que adoptaron a su contacto con la cultura andaluza las ideas revolucionarias que se propagaban por toda Europa.

La sociedad agraria andaluza estaba ya articulada en la segunda mitad del XIX conforme a la lógica capitalista, es decir, con una agricultura orientada por los propietarios y arrendatarios fundamentalmente al lucro y con relaciones de trabajo basadas prioritariamente en el salario. Según algunos especialistas, este carácter capitalista de la agricultura andaluza comenzó a difundirse desde el valle del Guadalquivir ya desde fines del siglo XV, bajo el impulso primero de las necesidades de abastecimiento de las recientes colonias americanas, convirtiendo a la agricultura andaluza en una de las más modernas de Europa (BERNAL RODRÍGUEZ, 2009). Durante el siglo XIX, esas relaciones sociales constituyen algo así como un triángulo en uno de

cuyos vértices se hallaban los grandes propietarios, a veces como labradores, pero más comúnmente absentistas y arrendadores (ARTOLA; BERNAL; CONTRERAS, 1978). Los grandes arrendatarios constituían el segundo vértice, preferidos por los grandes propietarios para simplificar casuísticas y ahorrar complicaciones burocráticas. Ellos, a su vez, subarrendaban parte de las tierras o las daban en aparcería a familias pobres, aunque solían cultivar la parte más fértil de los cortijos contratando para ello a jornaleros. Éstos eran el tercer vértice del triángulo, el porcentaje mayor de la población, especialmente en las campiñas. La pequeña propiedad campesina era subsidiaria de la gran propiedad, estadística y económicamente poco importante y a menudo sostenida gracias al empleo estacional de las familias campesinas en las grandes explotaciones como mano de obra asalariada para complementar los insuficientes ingresos de sus minifundios.

Pero el proceso de concentración de la tierra y la proletarianización campesina subsecuente se incrementó desde la segunda mitad del siglo XIX, debido espe-



Recolectando remolacha



Jornalera

cialmente a las leyes desamortizadoras. Las sucesivas desamortizaciones liberaron grandes extensiones de tierra pertenecientes antes a la nobleza y la Iglesia, yendo a manos de una nueva burguesía (o de sectores nobles reconvertidos) que se enriqueció en el proceso y cristalizó, especialmente en Andalucía, como burguesía latifundista (BRENAN, 1962; BERNAL, 1974; ARTOLA; BERNAL; CONTRERAS, 1978; CRUZ ARTACHO, 1994). Especial importancia tuvo la venta, subasta o simple usurpación de la mayor parte de tierras comunales y de propios de los ayuntamientos. La desvinculación de estas tierras supuso también un enorme volumen económico para la voraz burguesía terrateniente. Aún así, la importancia suplementaria que tuvo la desaparición de estas tierras "del común" debe ser medida en términos socio-políticos, pues constituyó probablemente el acicate principal para la tensión social en el campo andaluz entre trabajadores y hacendados, que se prolongaría hasta la guerra civil. Los trabajadores y campesinos pobres interpretaron la privatización de esas tierras como una usurpación, litigaron por ellas, se organizaron en sociedades y sindicatos e hicieron ocupaciones y huelgas para recuperarlas, en un impulso que se vería alimentado por las ideas socialistas y anarquistas impugnadoras de la desigualdad y el capitalismo y que llegó a abarcar no sólo esas tierras antes "del común", sino al conjunto de la gran propiedad rústica (KAPLAN, 1977; MAURICE, 1989; CARO CANCELA, 2000). Debe tenerse en cuenta que las tierras comunales y de propios habían venido siendo aprovechadas por los vecinos pobres y campesinos para pastos, recolección de frutos, caza, leña, carboneo e incluso siembra de cereales en aprovechamientos rotativos y "por suertes". El proceso supuso un aumento de la proletarianización del campesinado pobre en Andalucía, en las dos vertientes, social e ideológica, pues precipitó una percepción dual y polarizada de la sociedad agraria en "señoritos latifundistas" y "obreros conscientes". Que esta percepción llegó a ser la dominante lo prueba que el resto de sectores intermedios de la sociedad andaluza se vieron obligados a definirse conforme a esa dualidad en los momentos críticos del llamado Trienio Bolchevique (DÍAZ DEL MORAL, 1984) y durante la Segunda República (MALEFAKIS, 1971; CALERO AMOR, 1976; CARO CANCELA, 2000; MONTAÑÉS, 2000; COBO ROMERO, 2000)³.

Esta era la situación social en la que vinieron a penetrar las ideas socialistas y anarquistas en Andalucía, y eso explica su aceptación entusiasta por las masas de trabajadores de la tierra: tales ideas ofrecían una explicación a sus males y carencias y proporcionaban un objetivo y un plan de acción. En otras palabras, dotaron de una legitimidad alternativa a los sectores sociales desfavorecidos, herramienta fundamental y catalizador de las luchas populares. Era ciertamente un problema, porque cuestionaba la legitimidad burguesa. Era andaluz, porque se difundió con especial intensidad por tierras andaluzas⁴, hasta convertirse en uno de los catalizadores de su identidad (MORENO NAVARRO, 1993; MORENO NAVARRO; PALENZUELA CHAMORRO, 2000). Y era agrario, es decir, focalizado sobre este sector de actividad. Reviste especial importancia no olvidar esta condición agraria de las organizaciones y protestas obreras en Andalucía: significaba en lo esencial que los sueños de transformación social se proyectaban fundamentalmente sobre la tierra, su propiedad y la distribución de su riqueza. Que fuera así no es una consecuencia que se derive de la propia esencia de las ideas revolucionarias de la época, porque en otras partes esas mismas ideas nutrieron de legitimidad movilizaciones centradas sobre el mundo industrial, como lo muestra el ejemplo catalán coetáneo. Fue una consecuencia del carácter fundamentalmente agrario de la sociedad andaluza de esos años, a pesar de ser básicamente urbana.

Los obreros del campo y el pequeño campesinado en trance de proletarianización que fue ganado para la "causa revolucionaria" vivía imbuido de que la tierra era la fuente de la riqueza y de que trabajo verdadero –en el sentido de trabajo verdaderamente necesario y provechoso– y trabajo de la tierra eran lo mismo. Así había sabido verlo Blasco Ibáñez en la obra citada (BLASCO IBÁÑEZ, 1989)⁵ y ha sido después analizado por diversos autores (MARTÍNEZ ALIER, 1968; TALEGO VÁZQUEZ, 1996b; COCA PÉREZ, 2008). En definitiva, para aquellos trabajadores del campo y campesinos pobres, el mundo era el mundo agrario. Y así fue su sueño revolucionario: agrario. Con razón sostiene A. M. Bernal que "la tierra y no el hambre fue el inductor del movimiento jornalero" de entonces (BERNAL RODRÍGUEZ, 2000: 218). Esta condición agraria ha de ser tomada como el hecho fundamental de las luchas de aquel

tiempo que se prolongaron hasta la represión franquista, el que mejor contribuye a explicarlas. Si fueron anarquistas o socialistas o en qué medida lo uno o lo otro es ya cuestión de segundo orden comparada con la anterior, aunque no irrelevante. Porque, tanto como si fueron lo uno como lo otro, el movimiento estuvo impulsado por ese resorte cultural básico, que ha sido llamado la "orientación cognitiva" predominante en el colectivo de los trabajadores sin tierra en Andalucía hasta los años de la Transición (MORENO NAVARRO, 1990) y que se resolvió en la idea del derecho a la tierra por el trabajo, como argumentó Martínez Alier en su trabajo sobre la campaña cordobesa (MARTÍNEZ ALIER, 1968). La dificultad que muestran los estudiosos para determinar si fue más socialista que anarquista o lo contrario y por qué lo uno o lo otro (MALEFAKIS, 1971; MAURICE, 1989; MACARRO VERA, 1993; COLLIER, 1997), en definitiva, la constatación de que el movimiento estuvo más marcado por coincidencias que por divergencias, se debe a este hecho, a su condición común andaluza, agraria y campesina. Aunque los cuadros y líderes sí tuviesen la suficiente formación como para distinguir los principios teóricos y programáticos, y forjasen sus organizaciones conforme a unos u otros, para la generalidad de las bases pasaban desapercibidas o tenían importancia secundaria frente al común carácter impugnador de ambas (CALERO AMOR, 1977; COLLIER, 1997). Por eso no tiene tampoco demasiado sentido esforzarse en determinar e incluso intentar contabilizar –como se ha hecho– cuántas acciones emprendidas por el movimiento se orientaron a la obtención de mejoras laborales y salariales y cuántas en pro de la Reforma Agraria: porque todas las protestas, más allá de sus reivindicaciones concretas, estuvieron animadas por esa ya referida legitimidad alternativa e impugnadora que caló en el colectivo.

En todo el período, pero especialmente en los momentos álgidos, cuando los "obreros conscientes" llegaban a creer inminente la revolución social, latió una cuestión en el movimiento: la disyuntiva entre el reparto y la colectivización de la tierra. No es descabellado sostener que tal cuestión haya tenido tanta o más relevancia en el devenir del movimiento que la referida discrepancia entre socialistas y anarquistas. La tuvo desde luego en la opinión pública de la época, como lo muestra que hasta reputados intelectuales se

pronunciasen sobre ello, como lo hizo el propio Miguel de Unamuno, que, refiriéndose a la Extremadura de las grandes dehesas del sur, sentenciaba: "allí... surgen movimientos agrarios con sentido, aunque muy vago, socialista, donde hay grandes dehesas, propiedades latifundiaras, jornaleros. Y aun allí, más con vista al reparto que no al comunismo" (DE UNAMUNO, 1976: 214). No erraba Don Miguel, pues son muchos los indicadores que avalan esa inclinación favorable al reparto de tierras en lotes familiares. Así lo documenta Díaz del Moral para los años del Trienio Bolchevique y para otros períodos anteriores de reactivación del movimiento obrero (DÍAZ DEL MORAL, 1984: 199). En los años de la II República, y especialmente en los meses anteriores al golpe militar, parece que tanto las organizaciones anarcosindicalistas como las socialistas sí lograron que las bases aceptaran en mayor medida la propuesta colectivizadora, la que siempre habían preferido los ideólogos y los "más conscientes" de entre las filas revolucionarias (GARRIDO GONZÁLEZ, 1979). Esta decantación "comunista" contribuyó al alejamiento de sectores de campesinos pequeño-propietarios de los movimientos izquierdistas⁶.

Pero lo que animaba a todos, tanto a los partidarios de la colectivización como a los del reparto, era el "hambre de tierras", muy generalizada en el numeroso contingente de los trabajadores del campo andaluz, tanto entre los que se destacaron y nutrieron las filas de las organizaciones sindicales y políticas, como entre los que mantuvieron posiciones más tibias o acomodaticias. Ese "hambre" fue recogida en el grito "la tierra para el que la trabaja" y llevada por Blas Infante al himno andaluz. Y es que ese grito, repetido a lo largo del siglo, encierra algo más que el ideario del movimiento: cifra un resorte cultural, que, como tal, es previo y básico al ideario, pues es el humus que le permite crecer. Los trabajadores del campo en Andalucía forjaron sus anhelos de mejora o de transformación social en el marco de las fronteras del mundo agrario, porque aunque obreros, sus anhelos eran campesinos y se proyectaban sobre lo agrario. Los mejores, los más conscientes, los más avisados, los que eran tomados como referentes, tenían fijada su mirada sobre la tierra, sobre el campo, y con ellos la generalidad del colectivo. Esto es una obviedad, pero es justamente fijando la atención sobre ella que puede apreciarse la

auténtica dimensión de los cambios acaecidos desde la segunda mitad del siglo XX, pues han consistido en lo fundamental en una desagrarización o descampesinización de los trabajadores del campo, que ha sido material, por supuesto, pero más aún ideática. Veámoslo con algo de más detalle.

DERROTA, REPRESIÓN Y DESCAMPESINIZACIÓN AGRARIA

El golpe de Estado que puso fin a la Segunda República clausura el proceso –democrático, conflictivo– de reconfiguración de las relaciones de fuerza y las posiciones de las clases y sectores sociales. Quedaron allí derrotados los anhelos de transformación social que habían crecido por doquier y, entre ellos, los sueños de los trabajadores del campo andaluz. Supuso una derrota, lo que en principio no significa más que –aunque no es poco– la imposibilidad de realización de ese proyecto, pero no su muerte. Es decir, pervive como posibilidad frustrada, como inclinación que permanece replegada. La calculada y sistemática represión posterior, auspiciada y respaldada por los aparatos del estado franquista, que se prolongó por tantos años como duró el régimen, aunque modulada según su racionalidad autoritaria (desde los cien-milenarios crímenes eugenésicos⁷ perpetrados por los sicarios de Falange y la Guardia Civil a las variadas formas, legales y paralegales, de postergación de los vencidos y sus hijos), ahondó más si cabe esa derrota: todos los líderes y buena parte de los miembros de las organizaciones jornaleras fueron eliminados y el resto o permanecía arbitrariamente en las cárceles o había huido al extranjero. Todos los trabajadores y trabajadoras fueron víctimas del terror programado, lo que los llevó al silencio y a la resignación. Tanta iniquidad supuso el abandono de los idearios de justicia y transformación social, por la muerte de su expectativa de realización. La penuria general de la posguerra la padecieron ellos con especial intensidad, hasta el hambre física, común en la experiencia de las generaciones de trabajadores. En ese contexto general se fraguó entre muchos de ellos esa especie de existencialismo de la frustración al que haría referencia A. Ortí en sus estudios sobre los jornaleros de los años de la transición democrática (ORTÍ BENLLOCH, 1984).



Paso a paso



Sembrando





Enredados en la recolección



Pesando algodón

No obstante, ni el terrorismo de Estado ni las carencias de todo tipo afectaron a la orientación "campesinista" referida: los trabajadores agrícolas andaluces continuaron por muchos años inmersos en un horizonte cultural campesino, con una cultura del trabajo (MORENO NAVARRO, 1990; MORENO NAVARRO; PALENZUELA CHAMORRRO, 2000) centrada en la tierra y sus labores y un marco de referentes sociales en los que la propiedad agraria determinaba en lo fundamental las posiciones sociales, el prestigio y las posibilidades de realización social. Martínez Alier pudo constatarlo durante los años sesenta en su trabajo fundamental, y documentar aún la visión social dicotómica que mantenían los jornaleros entre los que tenían y no tenían tierra (MARTÍNEZ ALIER, 1968).

Las modificaciones de la cultura del trabajo de los jornaleros, específicamente su orientación campesina o "campesinista", comenzaron a producirse en los años sesenta, en un lento pero irreversible proceso cuyas consecuencias emergerán claras sólo años después, transcurrida incluso la transición política a la democracia. Son cambios profundos y de largo alcance que se inscriben en una dinámica más general de supeditación de lo agrario a los sectores industrial y de servicios⁸. En el caso español, el proceso ha ocurrido con importantes singularidades, debido sobre todo al marco autoritario y represivo en que se inició. La explicación sumaria de este proceso hace conveniente fijar la atención en el fenómeno de la emigración que se inicia a principios de los sesenta, que fue, en definitiva, un trasvase de fuerza de trabajo desde el sector agrario al industrial y de servicios que, en cifras globales, supuso el abandono del campo andaluz de algo más de dos millones de trabajadores⁹. La expulsión masiva de mano de obra fue el resultado de la introducción de las máquinas y otros procedimientos de ahorro de trabajo e incremento de la rentabilidad (la llamada Revolución Verde). Esa fuerza de trabajo procedente del sector agrario pudo ser reabsorbida en parte por las áreas industrializadas catalana y vasca y por la emigración exterior.

Detengámonos primero en considerar si este trasvase masivo de población desde las agro-ciudades a las grandes aglomeraciones industriales fue realmente emigración económica, como se lo considera convencionalmente, por distinguirlo de la emigración

política, causada por represalias, guerrillas, terrorismo de estado o insurgentes. La distinción emigración económica-emigración política, al menos concebida como dualidad categorial, casi nunca resulta satisfactoria; no lo es desde luego en el caso de la emigración andaluza que tratamos: ha de notarse por lo pronto que los caminos de esa emigración fueron abiertos por los activistas represaliados y sus familias, quienes previamente habían sido desposeídos de lo poco o mucho que tenían y sido objeto de todo tipo de postergaciones y humillaciones por las autoridades del Movimiento¹⁰. Pero además, ha de tenerse por seguro que esta ruptura y despedida sin retorno del mundo agrario se cumplió sin resistencia porque el terror del régimen la impidió y sólo dejó la vía resignada del abandono del lugar de nacimiento y todo lo que ello significaba: al menos para los primeros y en las primeras fases, esa marcha suponía renunciar a sus fronteras y referentes culturales, a "su mundo" para arribar a los suburbios y cinturones industriales de las grandes ciudades. Hubiera sido sencillamente inconcebible sólo quince años antes, cuando los más decididos, la vanguardia del colectivo, capitaneaban los proyectos del reparto y la reforma agraria para las tierras que les habían visto nacer. No ha de negarse pues un carácter político a esa emigración, por sus detonantes y por el modo como ocurrió.

Bien es verdad que desde muy pronto pesó también el factor atracción que representaban los mayores salarios y las condiciones de mayor estabilidad laboral. Ciertamente, uno de los efectos de la emigración fue la elevación en años sucesivos de los salarios agrícolas, debido a la escasez relativa de mano de obra que se producía, especialmente en épocas de recolección. Este aumento de los sueldos impulsó a su vez la mecanización de las explotaciones, estableciéndose refuerzos positivos que dieron por resultado una homologación respecto a otros países europeos de los niveles de mecanización en poco más de dos décadas (DELGADO CABEZA, 1981; MORENO NAVARRO, 1992). Otro tanto cabe decir de los porcentajes de población activa agraria respecto al total de trabajadores, si bien, para el caso de Andalucía, el porcentaje de población activa agraria en los ochenta continuaba siendo superior a la media española y europea, y más aún la media de población asalariada¹¹.



Cribando



Escardando en silencio



Cribando



Trabajando en la era

Nos interesa detenernos en los efectos socio-culturales de este proceso migratorio: durante los primeros años setenta, cuando se acercaba ya la transición política y el flujo migratorio se había casi interrumpido como efecto de la crisis económica, había disminuido de manera importante el excedente jornalero en los pueblos, pero la población asalariada que queda en ellos se mantiene en una situación de paro cada vez más alarmante, por cuanto el proceso de sustitución de mano de obra jornalera por otros factores de producción en la agricultura había hecho cada vez más innecesaria y coyuntural su participación en la producción agrícola. Por tanto, aunque a menor escala, el desempleo de la mano de obra jornalera siguió siendo una realidad de primer orden en las comarcas agrícolas andaluzas, especialmente evidente en las que tienen un elevado índice de concentración de la propiedad: subsistía pues el problema del desempleo crónico del campo andaluz, aunque a una escala menor.

Los jornaleros, aunque precariamente, se incorporaban a los estándares de consumo crecientes de los nuevos

tiempos, percibían un empeoramiento de su situación económica y tenían una conciencia más nítida de su inestabilidad y de la escasez creciente de trabajo en los campos, justamente cuando se cerraban las posibilidades de la emigración¹². Es importante reparar en lo que significó la elevación de las expectativas de vida material, de capacidad de gasto, de elevación de las condiciones que consideraban ya entonces los jornaleros mínimas para habitar una casa, para vestir, etc. Ya entonces estuvo presente, sin duda, este factor en la actitud política que adoptó mayoritariamente el sector social jornalero en los años claves de la transición y posteriores. Curiosamente, una de las circunstancias que influyó más poderosamente en el cambio de la noción de necesidades¹³ por parte del sector fue la influencia que ya ejercían en los pueblos los emigrantes, especialmente los emigrantes en Cataluña, que volvían cada año en la época de las fiestas locales. Estos emigrantes habían sido en su mayoría, hasta que se marcharon, jornaleros y, de hecho, cuando regresaban de vacaciones (todavía lo siguen haciendo, aunque ya menos), era para reencontrarse con sus amigos y pa-



Trilla en la era

rientes, con los jornaleros, sus antiguos compañeros de trabajo y de todo tipo de vivencias. Pero ya no eran jornaleros, sino obreros industriales o de los servicios. Son miles las anécdotas que se contaban en los pueblos sobre las "modas" que traían los emigrantes cada verano, muy chocantes los primeros años para quienes seguían viviendo en ellos y haciendo lo que habían hecho desde siempre: que si el vestir, que si los coches (muy pocos jornaleros tenían todavía en los años setenta *coche propio*), que si el gasto ostentoso, que si el hablar, que si las comidas, que si las bebidas (los *cubalibres* y otros licores eran raros en los pueblos). Los otros reprendían a estos por su atraso, por su inmovilismo, por su conformismo: que si ellos en Cataluña tenían no sé cuantas horas de descanso, que si las vacaciones, que si el trato con los superiores, que si los sueldos, que si los cuartos de baño y las cocinas en los pisitos¹⁴ y un largo etcétera. Y no fue sólo el encuentro con los emigrantes, sino la presencia creciente en los pueblos de otros sectores de trabajadores, de la construcción o de los servicios, que tenían mejores condiciones laborales y salariales. Más aún, y quizás lo más importante,

los propios jornaleros y otros miembros de sus familias comenzaron paulatinamente a entrar en los ciclos de los empleos eventuales¹⁵: continuaron algunas campañas de recolección agrícola, pero a ellas se fueron añadiendo empleos estacionales en el sector turístico en las costas y otra diversidad de trabajos precarios en la industria y los servicios. Súmese a ello un hecho importante del que ya se percató J. M. Naredo en los años setenta: la que él mismo llama la desaparición de la envidia de la agricultura familiar. Según Naredo, en la situación general del mundo agrario anterior a la mecanización intensiva del campo, el nivel de vida de la agricultura familiar (los campesinos que cultivaban sus propios predios) podía resultar envidiable a los asalariados del campo, pues gozaban de cierta estabilidad y las escasas disponibilidades monetarias de sus miembros se veían compensadas al estar estos ligados a la explotación como herederos asociados y tener asegurados, a un cierto nivel, sus necesidades más vitales. Pero esta percepción se modifica ya en los años setenta, pues otros sectores de trabajadores industriales y de los servicios muestran niveles de renta

y de consumo más ventajosos que las familias campesinas, que se ven obligadas a acentuar la austeridad del gasto y la dependencia familiar para mantener la rentabilidad de sus explotaciones (NAREDO, 1971).

Todos estos fenómenos repercutieron hondamente en la población jornalera y su cultura tradicional. Son cambios materiales, pero tanto o más ideáticos: los jornaleros de la década de los setenta ya no eran los que sufrieron el castigo por soñar y dar pasos para lograr un mundo campesino; la agricultura familiar, que antaño había alimentado el sueño del "reparto", deja de ser un modelo y se asocia con "atraso". Y, en general, el campo, lo agrario, dejaba ahora de ser el marco, el referente sobre el que proyectar las expectativas de futuro. La orientación "campesinista" a que venimos haciendo referencia se desmoronaba y con ella, incluso, la pervivencia de una cultura del trabajo distintiva del sector social jornalero. El anhelo de tierra es desplazado por la imagen del trabajador asalariado estable de los servicios, la industria o la construcción. No son estos hechos a los que quepa ponerles fecha, sino procesos lentos cuyas consecuencias no se dejan sentir hasta años después (TALEGO VÁZQUEZ, 1997).

LA TRANSICIÓN POLÍTICA: RESURRECCIÓN Y AGONÍA FINAL DEL MOVIMIENTO JORNALERO

Con términos parecidos a este título publicó un artículo A. Ortí a mitad de los ochenta (ORTÍ BENLLOCH, 1984), que se ha mostrado certero, por más que se registraran por aquellos años y hayan seguido registrándose protestas y acciones por grupos que siguen reconociéndose jornaleros. Se trata, quiérase o no, de acciones crecientemente aisladas y con escasa o nula capacidad de eco en la sociedad andaluza. Realmente, si llegaron a tener eco en los años de la transición fue más por la particular coyuntura política del momento y por la resonancia histórica que traían, que por la capacidad efectiva de las acciones jornaleras de crecer e incidir en las relaciones de fuerza¹⁶. Otro trabajo más reciente de M. Gómez Oliver (2000) analiza con acierto la evolución seguida por el movimiento jornalero desde estos años y hay estudios específicos sobre el sindicalismo jornalero (MORALES RUIZ, 2000; HERRERA GONZÁLEZ DE MOLINA, 2007), o incluso sobre la importancia del liderazgo jornalero para entender desde dentro estas organizaciones (TALEGO VÁZQUEZ, 1996a). Ello nos exime de reflejar aquí estos pormenores, contentándonos con ofrecer un somero repaso a la repercusión de las políticas de



Laboreo en el arrozal

protección al desempleo agrario que el Estado implantó en Andalucía y Extremadura, medidas de efectos paradjicos, pues contribuyeron a la articulación de las organizaciones jornaleras y la movilización del colectivo, al tiempo que ahondaba su distanciamiento –material e ideático– del trabajo en la tierra.

La puesta en vigor de las llamadas *medidas para mitigar los efectos del desempleo agrícola*, es decir, el Empleo Comunitario primero, entre 1971 y 1983, y el Subsidio de Desempleo y el PER desde 1984¹⁷ (estos vigentes aún hoy, aunque con algunos cambios menores), constituye el elemento novedoso más importante en el campo andaluz desde el punto de vista de las relaciones laborales, pues son un elemento nuevo que las condiciona poderosamente y que se continúa hasta la actualidad. Básicamente, tales medidas se implementaron –y se han sostenido– para evitar que los salarios del sector agrario descendiesen poniendo en peligro la mecanización y “modernización” agraria que estratégicamente propugnaban los gobiernos desde sus presupuestos desarrollistas. Estas medidas, más allá de sus modificaciones legales, han perseguido siempre que los desempleados agrarios reciban un complemento, pero de tal forma y con tal cuantía que no les desanime a buscar esos empleos precarios y estacionales. Constituyen un complemento necesario para compensar la escasez de salarios y, en general, su vigencia y continuidad ha evitado un proceso de emigración masiva y descontrolada con dirección a las grandes ciudades, al modo como está ocurriendo en tantas regiones del mundo y en circuitos que son cada vez más transnacionales (MARTÍN DÍAZ; CASTAÑO MADROÑAL; RODRÍGUEZ GARCÍA, 1999; MARTÍN DÍAZ; MELIS MAYNAR; SANZ CASAS, 2001). Por lo demás, la presencia de estas medidas reorientó, si no las proclamaba en los primeros años de la transición, si las movilizaciones emprendidas por las organizaciones jornaleras que se constituyeron tras la muerte de Franco o desde algunos años antes: de la reivindicación de la reforma agraria, el colectivo fue pasando a reclamar más subsidios, o mayor regularidad de los mismos, lo que constituye otro factor, nada desdeñable, de alejamiento de los desempleados rurales de sus viejas señas de identidad¹⁸.

Con los años se ha ido reduciendo la capacidad organizativa y de movilización de los jornaleros, a quienes, en coherencia, deberíamos llamar ya, simplemente,

desempleados agrícolas, o simplemente desempleados o subempleados del amplio, heterogéneo y básicamente desidentificado contingente de fuerza de trabajo descalificada sobrante. Un último indicador lo evidencia por contraste: si en los años que conoció Díaz del Moral las movilizaciones en los pueblos y agro-ciudades eran frecuentes, encendidas e, invariablemente, protagonizadas por jornaleros, desde 1975 a nuestros días, el nivel de movilización en la Andalucía agraria ha sido menor que aquel y decreciente. Pero además, a medida que nos acercamos al presente, la mayoría de esas movilizaciones no han sido jornaleras: o han sido de pequeños y medianos agricultores, mayormente para exigir protección al gobierno ante las políticas de la PAC cuando coyunturalmente éstas le perjudican; o han sido vecinales, para demandar segregación de otros ayuntamientos; o medioambientales.

En definitiva, los años transcurridos desde entonces a nuestros días han consumado el proceso aludido de desidentificación jornalera y la desaparición de una cultura del trabajo centrada en la tierra. Esto, en buena medida, es independiente del número cuantificable de horas de trabajo en faenas agrícolas de los trabajadores del ámbito agrario, y del porcentaje que supongan en el total de jornales que consigan al año: porque el trabajo en las faenas agrícolas ha pasado a ser para los trabajadores precarios del medio rural una opción más de trabajo, sin particulares resonancias y, si acaso, peor considerada que otras. Valoración que sólo depende de un cómputo instrumental de remuneraciones, duración del contrato, y dureza física y carácter más o menos tedioso de la faena. Para concluir: descampesinización general de los trabajadores agrícolas andaluces, que se inscribe en un proceso más global de descampesinización, que afecta igualmente a los productores agrarios. A su vez, la descampesinización aludida debe contemplarse inserta en la crisis occidental general de las utopías centradas en las potencialidades transformadoras y emancipatorias del trabajo que inauguraron los socialistas utópicos (HABERMAS, 1994), que está contribuyendo en grado notable a un desarme y desánimo generalizado del mundo sindical y del trabajo, que ya no puede convencer de que su razón está “preñada de futuro”. Pero nosotros aquí sólo hemos trazado las líneas generales del proceso de descampesinización que afecta a los trabajadores del campo andaluz.

Notas

¹ Además, debido a las condiciones técnicas de trabajo en las grandes explotaciones agrícolas, con sus dilatadas extensiones de monocultivos, frecuentemente los jornaleros realizaban sus faenas en grandes cuadrillas codo con codo (MARTÍNEZ ALIER, 1968; ARTOLA; BERNAL; CONTRERAS, 1978; TALEGO VÁZQUEZ, 1996b) y, hasta los años sesenta que comenzó el uso de los transportes motorizados, permanecían juntos en las gañanías de los cortijos en las campañas de recolección de las cosechas, como reflejó Blasco Ibáñez en una novela que tiene tanto de literaria como de etnográfica (Blasco Ibáñez, 1989).

² Marx vaticinó en este libro la deficiente potencialidad revolucionaria del campesinado, refiriéndose específicamente al campesinado francés de su tiempo, pero con pretensión generalizadora. Se basaba para afirmarlo, entre otras causas, en la dispersión y ruralidad del trabajo de los campesinos y en las condiciones frecuentes de aislamiento en que han de ser realizadas las faenas. En Andalucía ya hemos visto que, en medida notable, la realidad agraria de aquellas generaciones escapaba a este modelo. No digamos ya la actual. Por otra parte, esta tesis de Marx ha sido objeto de controversia y se la ha querido rebatir con muy buenas razones (GALESKI, 1977; HUIZER, 1982; SHANIN, 1983; SEVILLA-GUZMÁN; GONZÁLEZ DE MOLINA, 2005).

³ Resulta interesante comprobar que esta polarización en la percepción de las relaciones sociales ha sido documentada también en otras regiones que, como Andalucía, eran eminentemente latifundistas, como el mezzogiorno italiano. Pero allí las consecuencias ideológicas fueron distintas, pues derivaron en mayor medida hacia un pesimismo inmovilizador de los jornaleros (GIORDANO, 1988), muy diferente a la esperanza entusiasta que animó las luchas en Andalucía hasta su aplastamiento por la Falange y el Estado franquista.

⁴ Si bien no exclusivamente, pues tuvo también importancia el movimiento de los yunteros en Extremadura, especialmente en las dehesas del sur (GAVIRIA; NAREDO; SERNA, 1978; PÉREZ RUBIO, 1995).

⁵ Fermín, el protagonista, trabajador él también, pero ocupado de escribiendo, es sorprendido por la revuelta de los jornaleros del campo que, al verlo mejor ataviado, lo identifican como "señorito", y a punto está de sufrir sus represalias cuando comprueban que sus manos son finas, pues los alzados toman como criterio decisivo para identificarlo "de los suyos" o "de los señoritos" que sus manos sean callosas y agrietadas (cap. IX).

⁶ Puede seguirse una ágil explicación del conflicto de clase entre jornaleros y patronos en la Segunda República en el texto de F. Cobo (2000) y una revisión de conjunto en M. Gómez Oliver y O. Ruiz-Manjón (1990).

⁷ Los totalitarismos y sus parientes cercanos, las dictaduras autoritarias, fueran de inspiración fascista o comunista, practicaron todos, en mayor o menor medida, políticas eugenésicas, es decir prácticas de limpieza sistemática de aquellos colectivos que eran señalados por el régimen en cuestión como "enemigos objetivos" (ARENDT, 1987). Estos regímenes tuvieron sus víctimas propiciatorias para la expiación (BALANDIER, 1988), pero no fueron sujetos sino colectividades enteras. En el caso del franquismo, se practicó sobre todo una eugenesia ideológica, de limpieza del "suelo patrio" de "elementos izquierdistas" y "elementos disgre-

gadores" (nacionalistas no españoles). Como tal política de inspiración eugenésica, conllevó en demasiados casos a la eliminación o cualquier forma de represalia o, al menos de sospecha o "cuarentena", a familiares, descendientes y amigos del "elemento contaminado" (ESPINOSA MAESTRE, 2007). Las asociaciones de familiares de represaliados por el franquismo han comenzado una labor ya imparable de sacar a la luz infinidad de estos casos que siempre se han sabido pero no se habían podido afirmar y reconocer (VALCUENDE DEL RÍO; NAROTZKY MOLLEDA, 2005; del RÍO SÁNCHEZ, 2007).

⁸ Son las transformaciones típicas por las que han de atravesar las economías modernas, según ha quedado establecido por el modelo teórico de la economía ortodoxa del crecimiento. Para una crítica del concepto de "crecimiento de la economía" y un análisis del mito creacionista de la producción recomendamos la obra crítica de J. M. Naredo (1995) o la también sugerente compilación de J. Riechmann (1998). Una crítica más general de la noción de progreso como bienestar material puede encontrarse en la obra de A. Huxley (2004). En España merece citarse a J. L. Sampedro, un economista y escritor que realizó todo un viaje desde la ortodoxia a la crítica del crecimiento y desde los análisis económicos a la creación literaria (2009).

⁹ Para el total de España, según Naredo (1971), de los más de tres millones de jornaleros que se contaban en 1930, en 1969 quedaban reducidos a menos de un millón. La emigración no sólo afectó a los trabajadores sin tierra, sino también a una porción importante de pequeños propietarios.

¹⁰ Aunque referido al caso concreto de la sierra onubense, Collier muestra con minuciosidad casi biográfica cómo fueron estos vencidos los que primero emprendieron el camino de la emigración, abriéndolo a otros muchos que les seguirían después (COLLIER, 1997: 199).

¹¹ J. Jesús González constata que tras la crisis del petróleo de 1973 se dio incluso un aumento de la proporción relativa de población asalariada, pasando de representar un 27'2% en el quinquenio 65-69 a un 31% en el quinquenio 75-79. Estos son datos para el conjunto del Estado español. Con toda probabilidad, la desproporción sería aún mayor si se tuvieran en cuenta los datos andaluces (GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, 1990).

¹² Diversas investigaciones etnográficas realizadas desde los años ochenta coinciden en este análisis (ORTÍ BENLLOCH, 1984; PALENZUELA CHAMORRO, 1996; TALEGO VÁZQUEZ, 1995; 1996b; COCA PÉREZ, 2008). Según Gámiz y Sánchez (1979), las tasas de paro en la segunda mitad de los años setenta fueron superiores incluso a las habidas antes de la guerra civil.

¹³ No es sostenible cualquier noción universal de necesidades primarias o secundarias. En todo caso son lo uno o lo otro en función de las coordinadas de cada contexto histórico. Para una aproximación pertinente al concepto de necesidades remitimos al lector a lo que sobre ello sostiene J. Baudrillard (1974).

¹⁴ ¡Cómo han variado para esta gente desde entonces acá las ideas e incluso las referencias simbólicas asociadas a los pisitos de las ciudades! Hoy, un pisito en propiedad en la ciudad es lo menos que se despacha, pero todavía entonces era poco menos que un lujo.

¹⁵ El análisis del ciclo de la eventualidad en el mercado de trabajo de los jornaleros andaluces fue realizado por A. J. Sánchez (1980).

¹⁶ Por los mismos años pudimos leer en la prensa y en los textos de muchos agraristas que cuarenta años de dictadura no habían

logrado sofocar el "viejo problema agrario andaluz". Era cierto el acierto, pero parcial, porque hoy sabemos que los cuarenta años de franquismo no pasaron en balde: las transformaciones socioeconómicas y culturales que despegan en los años sesenta supusieron el inicio de un proceso de descampesinización y de pérdida de peso relativo y hasta declive del sector agrario en el conjunto de la economía española.

¹⁷ Un repaso somero y ajustado de los aspectos jurídicos de estas medidas asistenciales puede verse en el artículo de Fernández-Cavada Labat (1990). Por su parte, P. Palenzuela (1992) expone también los aspectos más destacables de esta legislación y, en su caso, se detiene a analizar la forma real como actuó el Empleo Comunitario en los pueblos y las repercusiones sociales y políticas globales que acarreo esta política asistencial con los años. También hemos recogido los aspectos generales de funcionamiento del Empleo Comunitario en Lebrija y la cuantificación de los fondos que por esa vía llegaron al pueblo (TALEGO VÁZQUEZ, 1996b). I. Moreno (1988) también ha analizado las repercusiones socio políticas que ha tenido el Empleo Comunitario para el sector social jornalero.

¹⁸ Un análisis detenido de la lógica y los efectos sociales del Empleo Comunitario y el Subsidio de Desempleo puede encontrarse en mi trabajo citado (TALEGO VÁZQUEZ, 1996b).

Bibliografía

- ARENDET, H. (1987) *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza, 1987
- ARTOLA, M.; BERNAL RODRÍGUEZ, A. M.; CONTRERAS, J. (1978) *El latifundio. Propiedad y explotación*, ss. XVIII-XX. Madrid: MAPA, 1978
- BALANDIER, G. (1988) *Modernidad y poder. El desvío antropológico*. Madrid: Júcar, 1988
- BAUDRILLARD, J. (1974) *Crítica de la economía política del signo*. México: Siglo XXI, 1974
- BERNAL RODRÍGUEZ, A. M. (1974) *La propiedad de la tierra en las luchas agrarias andaluzas*. Barcelona: Ariel, 1974
- BERNAL RODRÍGUEZ, A. M. (2000). Sobre campesinos y jornaleros: de la historiografía tradicional a recientes investigaciones. En GONZÁLEZ DE MOLINA, A. M. (ed.) *La historia de Andalucía a debate. I. Campesinos y jornaleros*. Barcelona: Anthropos, 2000, pp. 207-221
- BERNAL RODRÍGUEZ, A. M. (2009) Panorama histórico del campesinado andaluz en la segunda mitad del siglo XX. En RODRÍGUEZ BECERRA, S.; MACÍAS SÁNCHEZ, C. (coord.) *El fin del campesinado. Transformaciones culturales de la sociedad rural andaluza en la segunda mitad del siglo XX*. Sevilla: Consejería de la Presidencia, 2009, pp. 19-32
- BLASCO IBÁÑEZ, V. (1989) *La bodega*. Granada: Editoriales Andaluzas Unidas, 1989
- BRENAN, G. (1962) *El laberinto español: Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*. París: Ruedo Ibérico, 1962
- CALERO AMOR, A. M. (1977) *Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936)*. Madrid: Siglo XXI, 1977
- CARO CANCELA, A. (2000) La reforma agraria liberal y los campesinos en Andalucía: de la protesta popular a la conciencia de clase. En GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (ed.) *La historia de Andalucía a debate. I. Campesinos y jornaleros*. Barcelona: Anthropos, 2000, pp. 57-78
- COBO ROMERO, F. (2000) El conflicto campesino en Andalucía durante la crisis de los años treinta. Un intento de revisión historiográfica. En GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (ed.) *La historia de Andalucía a debate. II Campesinos y jornaleros*. Barcelona: Anthropos, 2000, pp. 103-134
- COCA PÉREZ, A. (2008) *Los camperos. Territorios, usos sociales y percepciones en un "espacio natural" andaluz*. Sevilla: Fundación Blas Infante, 2008
- COLLIER, G. (1997) *Socialistas en la Andalucía rural. Los revolucionarios ignorados de la Segunda República*. Barcelona: Anthropos, 1997
- CRUZ ARTACHO, S. (1994) *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad rural en Granada, 1890-1923*. Córdoba: Libertarias, 1994
- DELGADO CABEZA, M. (1981) *Dependencia y marginación de la economía andaluza*. Córdoba: Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1981
- DELGADO CABEZA, M. (2002) *Andalucía en la otra cara de la globalización*. Sevilla: Mergablum, 2002
- DÍAZ DEL MORAL, J. (1984) *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas* (antecedentes para una reforma agraria). Madrid: Alianza, 1984
- ESPINOSA MAESTRE, F. (2007) De saturaciones y olvidos. Reflexiones en torno a un pasado que no se puede olvidar. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, nº 7, 2007 (en línea) <<http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/07d013.pdf>> (consulta: 22/02/10)
- FERNÁNDEZ-CAVADA LABAT, J. L. (1990) Remuneraciones y prestaciones sociales de los asalariados agrarios. *Agricultura y Sociedad*, nº 54, 1990, pp. 155-192
- GALESKI, B. (1977) *Sociología del campesinado*. Barcelona: Península, 1977
- GÁMIZ LÓPEZ, A.; SÁNCHEZ LÓPEZ, A. (1979) El trabajo: problemática del empleo en la agricultura. En Grupo ERA *Las agriculturas andaluzas*. Madrid: Secretaría General Técnica del MAPA, 1979, pp. 433-464

GARRIDO GONZÁLEZ, L. (1979) *Colectividades agrarias en Andalucía. Jaén (1931-39)*. Madrid: Siglo XXI, 1979

GAVIRIA, M.; NAREDO, J. M.; SERNA, J. (1978) *Extremadura saqueada*. París: Ruedo Ibérico, 1978

GIORDANO, CH. (1988) Estratificación y conciencia colectiva en las agrociedades del mezzogiorno. En LÓPEZ-CASERO, F. (ed.) *La agrociedad mediterránea*. Madrid: MAPA, 1988, pp. 173-214

GÓMEZ OLIVER, M.; RUIZ-MANJÓN, O. (dir.) (1990) *Los nuevos historiadores ante la Guerra Civil española*. Granada: Diputación Provincial de Granada, 1990

GÓMEZ OLIVER, M. (2000) El movimiento jornalero durante la transición. En GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (ed.) *La historia de Andalucía a debate. I. Campesinos y jornaleros*. Barcelona: Anthropos, 2000

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J. J. (1990) El desempleo rural en Andalucía y Extremadura. *Agricultura y Sociedad*, nº 54, 1990, pp. 229-266

HABERMAS, J. (1994) *Ensayos políticos*. Barcelona: Península, 1994

HERRERA GONZÁLEZ DE MOLINA, A. (2007) *La construcción de la democracia en el campo (1975-1988). El sindicalismo agrario socialista en la transición española*. Madrid: MAPA, 2007

HUIZER, G. (1982) Movimientos de campesinos y campesinas y su reacción ante la depauperación: ¿la dialéctica de la liberación? *Agricultura y Sociedad*, nº 23, 1982, pp. 9-80

HUXLEY, A. (2004) *La filosofía perenne*. Barcelona: Edhasa, 2004

KAPLAN, T. (1977) *Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía. Capitalismo agrario y lucha de clases en la provincia de Cádiz, 1868-1903*. Barcelona: Crítica, 1977

LÓPEZ-CASERO OLMEDO, F. (1988) La agrociedad mediterránea en una comparación intercultural: permanencia y cambio. En LÓPEZ-CASERO, F. (coord.) *La agrociedad mediterránea*. Madrid: MAPA, 1988

MACARRO VERA, J. M. (1993) La disolución de la utopía en el movimiento anarcosindicalista español. *Historia Social*, nº 15, 1993, pp. 139-160

MALEFAKIS, E. (1971) *Reforma agraria y revolución campesina en la historia del siglo XX*. Barcelona: Ariel, 1971

MARTÍN DÍAZ, E.; CASTAÑO MADROÑAL, A.; RODRÍGUEZ GARCÍA, M. (1999) *Procesos migratorios y relaciones interétnicas en Andalucía. Una reflexión sobre el caso del*

Poniente almeriense. Sevilla: Dirección General de Acción e Inserción Social, 1999

MARTÍN DÍAZ, E.; MELIS MAYNAR, A.; SANZ CASAS, G. (2001) *Mercados de trabajo e inmigración extracomunitaria en la agricultura mediterránea*. Sevilla: Consejería Asuntos Sociales, 2001

MARTÍNEZ ALIER, J. (1968) *La estabilidad del latifundismo. Análisis de la interdependencia entre relaciones de producción y conciencia social en la agricultura latifundista de la Campiña de Córdoba*. París: Ruedo Ibérico, 1968

MARX, K. (1985) *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Barcelona: Sarpe, 1985

MAURICE, J. (1989) *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868-1936*. Barcelona: Crítica, 1989

MONTAÑÉS, E. (2000) Los movimientos campesinos andaluces entre 1874 y 1930: un balance historiográfico. En GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (ed.) *La historia de Andalucía a debate (I) Campesinos y jornaleros*. Barcelona: Anthropos, 2000, pp. 79-101

MORALES RUIZ, R. (2000) Aproximación a la historia del Sindicato de Obreros del Campo de Andalucía. En GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (ed.) *La historia de Andalucía a debate (I) Campesinos y jornaleros*. Barcelona: Anthropos, 2000, pp. 179-206

MORENO NAVARRO, I. (1990) Cultura del trabajo e ideología: el movimiento campesino anarquista andaluz. En *Actas del IV Congreso sobre el Andalusismo Histórico*. Sevilla: Fundación Blas Infante, 1990

MORENO NAVARRO, I. (1992) Desarrollo del capitalismo agrario y mercado de trabajo en Andalucía. *Revista de Estudios Regionales*, nº 31, 1992, pp. 19-30

MORENO NAVARRO, I. (1993) Reforma Agraria e Identidad andaluza. Implicaciones simbólicas del problema de la tierra en Andalucía. En MORENO NAVARRO, I. *Andalucía: identidad y cultura (estudios de Antropología andaluza)*. Málaga: Librería Ágora, 1993, pp. 43-52

MORENO NAVARRO, I.; PALENZUELA CHAMORRO, P. (2000) Jornaleros y campesinos como colectivos identitarios en Andalucía. En GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (ed.) *La historia de Andalucía a debate. I. Campesinos y jornaleros*. Barcelona: Anthropos, 2000, pp. 223-238

NAREDO, J. M. (1971) *La evolución de la agricultura en España. Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales*. Barcelona: Estela, 1971

NAREDO, J. M. (1995) *La economía en evolución: Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*. Madrid: Siglo XXI, 1995

ORTÍ BENLLOCH, A. (1984) Crisis del modelo neocapitalista y reproducción del proletariado rural (represión, resurrección y agonía final de la conciencia jornalera). En SEVILLA GUZMÁN, E. (ed.) *Sobre agricultura y campesinos. Estudios de sociología rural de España*. Madrid: MAPA, 1984

PALENZUELA CHAMORRO, P. (1992) El Estado no inocente: naturaleza perversa y eficiencia de la política asistencial en el medio rural andaluz. *Revista de Estudios Regionales*, nº 31, 1992, pp.213-228

PALENZUELA CHAMORRO, P. (1996) *Buscarse la vida. Economía jornalera en las marismas de Sevilla*. Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla, 1996

PÉREZ RUBIO, J. A. (1995) *Yunteros, braceros y colonos: la política agraria en Extremadura (1940-1975)*. Madrid: MAPA, 1995

RIECHMANN, J. (coord.) (1998) *Necesitar, desear, vivir. Sobre necesidades, desarrollo humano, crecimiento económico y sustentabilidad*. Madrid: La Catarata, 1998

RÍO SÁNCHEZ, A. (DEL). (2007) La memoria histórica en escena. Demandas y movimientos sociales. En ACOSTA BONO, G.; DEL RÍO SÁNCHEZ, A.; VALCUENDE DEL RÍO, J. M. (coord.) *La recuperación de la memoria histórica. Una perspectiva transversal desde las ciencias sociales*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces, 2007, pp. 103-116

ROMÁN DEL RÍO, C. (1987) *Sobre el desarrollo económico de Andalucía*. Málaga: Arguval, 1987

SAMPEDRO, J. L. (2009) *Economía humanista: algo más que cifras*. Barcelona: Debate, 2009

SÁNCHEZ LÓPEZ, A. J. (1980) La eventualidad, rasgo básico del trabajo en una economía subordinada: el caso del campo andaluz. *Sociología del Trabajo*, nº 3/4, 1980, pp. 97-128

SEVILLA-GUZMÁN, E.; GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (2005) *Sobre a Evolução do conceito de campesinato*. Sao Paulo: Editora Expressão Popular, 2005

SHANIN, T. (1983) *La clase incómoda*. Madrid: Alianza, 1983

TALEGO VÁZQUEZ, F. (1995) Los grupos domésticos jornaleros: producción de hijos y preparación de la fuerza de trabajo. El caso de Lebrija. *Revista de Estudios Regionales*, nº 41, 1995, pp. 205-230

TALEGO VÁZQUEZ, F. (1996a) *Cultura jornalera, poder popular y liderazgo mesiánico. Antropología política de Marinaleda*. Sevilla: Universidad de Sevilla y Fundación Blas Infante, 1996

TALEGO VÁZQUEZ, F. (1996b) *Entre el trabajo y los subsidios del Estado*. Sevilla: Hermandad de los Santos de Lebrija, 1996

TALEGO VÁZQUEZ, F. (1997) Sobre el nombre y el quién de los jornaleros andaluces. *Temas laborales: Revista andaluza de trabajo y bienestar social*, nº 3, 1997, pp. 29-51

UNAMUNO, M. DE (1976) *Andanzas y visiones españolas*. Madrid: Espasa, 1976

VALCUENDE DEL RÍO, J. M.; NAROTZKY MOLLEDA, S. (coord.) (2005) Las políticas de la memoria en los sistemas democráticos: Poder, cultura y mercado. *Actas del X Congreso de Antropología*, tomo XI. Sevilla: Fundación el Monte; FAAEE; ASANA, 2005

ZOIDO NARANJO, F. (1995) Sistema de asentamientos, ciudades medidas y aglomeraciones urbanas en Andalucía. *Situación. Revista del Banco de Bilbao Vizcaya*, nº 3, 1995, pp. 149-162